

tos y ha dicho que los libros son como las naves. Buen capitán, marinero de largas travesías, Alfonso Reyes nos incita a embarcarnos y compartir con él los goces de las rutas ilusorias.

ALONE.

*El Mercurio*, Santiago de Chile,

Octubre 22 de 1939.

## CAPÍTULOS DE LITERATURA ESPAÑOLA

*Alfonso Reyes*

(La Casa de España en México)

Alfonso Reyes pertenece a esa clase intelectual americana que acertó, de una vez por todas, en el problema de la expresión: crear el propio destino desde el fondo de la tradición de España. "En todos mis libros —ha dicho— se advierte constantemente la atención para las tradiciones de España". Se advierte en los temas, pero también en su sabio estilo, tenso con muchos siglos de literatura. Reyes ha actualizado en su conciencia, a fuerza de estudio, el uso artístico que fué dando España a la lengua, desde el bajo latín. En estas largas incursiones captó la forma íntima del idioma, sus esquemas, su dinamismo, su genio fecundo; y de la lengua poseída como energía propia brotó luego el verso, en apariencia independiente, pero donde está resonando la totalidad de la poesía española, desde Gonzalo de Berceo. Se dice muy pronto: "es un poeta espontáneo"; y ni se sospecha que sus audacias en la invención de formas expresivas, su señorío del lenguaje, suponen un sentido histórico ejercitado pacientemente sobre los textos clásicos. Es como si se admirase la bellota nueva y no se reparara en los años de la encina. El Reyes poeta se beneficia con los trabajos del Reyes hispanista.

Primero fué un hispanismo de lector deslumbrado. Casi en seguida, además de eso, un hispanismo de estudioso. Nacieron así sus interpretaciones de Góngora. Después, en Madrid, guiado por Menéndez Pidal y rodeado de Américo Castro, Federico de Onís, Navarro Tomás, el papeleo disciplinado del Centro de Estudios Históricos y de la Revista de Filología Española. Años de pasión y creación. Acaso los mejores de Reyes: entre 1914 y 1924, un recio haz de escritos. A muchos los ha reunido en *Las vísperas de Es-*

paña; otros apenas se ven, de tan raros: *Visión de Anáhuac*, *El suicida*, *El cazador*, *Calendario*, cinco series de *Simpatías y Diferencias*, *Retratos reales e imaginarios*. Y ahora recopila, en *Capítulos de Literatura Española*, sus estudios de hispanista especializado. Acaba de aparecer la primera serie.

Se trata de capítulos sueltos: Reyes va saltando de pico en pico —el Arcipreste, Lope, Quevedo, Alarcón, Gracián— o asomándose a figuras menores— Rosas de Oquendo, Solís, Rivadeneyra.

Tampoco estos capítulos tienen unidad de actitud: aun dentro de cada autor Reyes cambia de lentes, de luces, de campos de visión, de distancias. Con cada perspectiva los fragmentos abstraídos del material restante se tiñen de un mismo color, adquieren una misma densidad y, por dispersos que estén, se emparentan en una veta que continúa por todo el libro como una capa geológica. Se forman así estratificaciones, desde la corteza hasta el fuego interior, círculos concéntricos, cada vez más intensos y de mayor esfuerzo intelectual.

El círculo más amplio, el periférico, contendría las informaciones comunes en obras escolares: bibliografías, síntesis de movimientos estéticos, nociones generales de historia literaria, referencias a hechos y obras ya conocidos.

En el segundo círculo podríamos comprender las reseñas de trabajos ajenos, con el contrapunto sagaz. Por ejemplo: su resumen del libro de Coster y de los ensayos de Azorín sobre Gracián.

En un tercer círculo estarían las curiosidades, a las que suele consagrarse Reyes con tanto gusto y agudeza.

Más hacia el interior, en un cuarto círculo, cabrían los aportes eruditos de Reyes a la investigación de temas clásicos.

Luego, en el quinto círculo, ordenaríamos las páginas —finísimas— donde Reyes intenta una estimación personal de los valores clásicos: v.gr., su visión del Arcipreste, que hace del “yo” un uso cómico, no sagrado, y por no advertirlo se le supone más pecador de lo justo (pág. 3); o la suposición en Gracián de una “plástica

trascendental que hace al alma esforzarse en reproducir las formas que ama”; o su interpretación del teatro de Alarcón como “mesurada protesta contra Lope”.

Por último, en el círculo sexto, Reyes toca ya el secreto del estilo, se remonta desde las palabras al alma y la sorprende en su trance creador.

¿Qué de extraño tiene que las mejores páginas del libro sean éstas de estilística?

La enseñanza de la literatura debería tender a instalar al lector dentro de cada obra original y brindarle así la posibilidad de asomarse al universo a través de las peculiarísimas visiones de cada artista. La poesía es revelación de una manera individual de sentir, estimar y comprender el mundo. Y leer es enriquecer el propio espíritu con las imprevistas e infinitas perspectivas del arte. Pero la enseñanza literaria generalmente se queda en los alrededores. En vez de crear percepciones de bio-bibliografías. Por eso, al dar cuenta del contenido de estos *Capítulos de Literatura Española*, establecimos un orden convencional para que se distinguiera la crónica de la crítica, las distintas distancias a que puede ponerse un lector de la esencia de un libro, en fin, para que se viera, con una imagen geométrica, el trayecto desde los esquemas abstractos del exterior —puro andamiaje— hasta ese escondido punto de mira por donde se atisba a Lope, a Quevedo, a Gracián, en el instante mismo de expresar sus intuiciones. En estas páginas está lo más brillante de Reyes: sus apuntes a la creación poética de Lope, “espontánea pero no simple” (pág. 84 a 92); la ya citada observación sobre la salud moral del Arcipreste y el uso cómico del “yo”; su párrafo sobre el estilo dinámico de Gracián (pág. 272), escrito en 1915 y donde Reyes, al margen de una discusión con Coster, nos ofrece un hermoso ejemplo de estilística . . .

Enrique ANDERSON IMBERT.

Sur, Buenos Aires,

noviembre de 1939.

## UN VERDADERO HUMANISTA

¡Cuántas veces se ha dicho ya que el espíritu y la historia no pueden coincidir! Por poco acabaríamos por creerlo. Claro está que el uno, el espíritu, tiende a imponer una orientación, un significado, una ley, al caos de los hechos y de las cosas. Y la historia, corriendo por escapatorias, se empeña en no presentar nada más que ocasiones, azares, fugas, obstáculos, realidades concretas, de las cuales el personaje histórico, el hombre de acción, tiene que aprovecharse. Aprovecharse inmediatamente, sin meterse en justificaciones vanas y estériles. ¡Ya puede intervenir el juzgado del espíritu! ¿A él qué le importa? . . . Si consideramos el procedimiento actual, el modo de *actuar* de los estados totalitarios, de *todos* los estados totalitarios, vemos que han separado completamente el mundo de la historia del mundo del espíritu, y que se conducen y se portan según las reglas de un estricto oportunismo, que llaman realismo. Lo llaman también dialéctica, haciendo así un abuso forzoso de dos palabras llenas y rellenas de otro sentido, pero que les sirven para disfrazar un utilitarismo brutal, inmediato, circunstancial, y lanzar la historia humana por caminos o más bien por barrancos hasta hoy desconocidos.

Eso es justamente lo contrario del humanismo.

En efecto, yo definiría así al humanismo: es la creencia en una posibilidad de acuerdo entre el realismo histórico y las exigencias del espíritu. El humanismo ha inspirado la evolución de todos los grandes pueblos civilizados. Ciertamente es que la historia de éstos ha sido conducida por hombres históricos, es decir, políticos; es decir, realistas. Pero en las ocasiones más violentas, más oportunas, más decisivas de aquellos hombres, velaba siempre, como una lucecita, el deseo, más o menos logrado, de armonizar esas acciones con cierta ley espiritual. Nosotros hemos tenido conquistadores —y me apresuro a confesar que no tengo simpatía por ningún género de con-

quistadores—; pero en las acciones de un Luis XIV o de un Napoleón había siempre una voluntad de forma y de estilo, es decir, de unidad espiritual. Había una ecuación entre la realidad y el espíritu.

Vosotros, que me escucháis, sois americanos, sois iberos, sois latinos, y podéis comprender. Habéis conocido conquistadores y vivido épocas de gran realidad histórica, de grandes acontecimientos dinámicos y violentos. Pero sabéis que existe otro universo, que es el universo de la cultura, el cual tiene sus leyes y sus exigencias, y sabéis que la vida, para un pueblo, reviste su aspecto más alto cuando ese mundo de la cultura se armoniza con el mundo de los hechos y de las cosas, por violentos que sean esos hechos, por duras e imprescindibles que sean esas cosas.

\* \* \*

Mundo de la cultura americana. Mundo de la historia americana. ¡Tan rica, la primera, hecha de tradiciones hispánicas y de nostalgias indias, de sutilezas coloniales, de ideas francesas, de creaciones nuevas, llenas de esperanza y de porvenir! ¡Tan apasionada, la segunda, esa historia de América en que tantas razas chocan y se confunden! De todo aquel conflicto brota un humanismo de un sabor muy especial, cuyas obras serán un día el consuelo y el orgullo de la civilización humana. Sí; cuando hablamos de humanismo, cuando hablamos de esas combinaciones estilísticas que produce el conflicto de la historia y del espíritu, vosotros y nosotros nos podemos entender. Ya os lo digo: hemos tenido también una historia violenta y apasionada, y que exigía de nuestros personajes históricos un gran realismo; pero siempre velaba el espíritu. Nuestra Revolución Francesa, ¿qué significa sino la voluntad de imponer un plan, una forma, un estilo, una organización racional y espiritual a la sociedad humana? . . . No fue otra cosa sino una manifestación de humanismo. Humanistas y grandes humanistas fueron los que la concibieron y ejecutaron.

Numerosas figuras de la misma índole nos ofrece la historia de las democracias americanas. Figuras de políticos, en el sentido etimológico de la palabra, es decir, de ciudadanos. Ciudadanos preocupados de los intereses históricos y espirituales de la ciudad, de la república, héroes y civilizadores, jefes, guías, maestros y pedagogos, todos convencidos de que un gesto cumplido en el terreno de las duras e inmediatas realidades tiene su significación y su trascendencia en el terreno de las ideas y de las formas.

\* \* \*

Hoy, si quiero escoger un ejemplo y un tipo de humanista verdadero y cabal, escogeré a un mexicano. Y me dirigiré a usted, querido amigo Alfonso Reyes, honor de las letras y de la diplomacia mexicanas, sintiendo solamente que mis actuales deberes militares no permitan que llegue mi propia voz hasta sus oídos por las ondas transoceánicas. Otra voz, pues, leerá mi homenaje; pero el oído de usted, experto en descifrar las más sutiles modulaciones del afecto, sabrá discernir todo el calor personal que anima tal mensaje. Según el lenguaje corriente, parecería que la flor del humanismo no puede crecer y abrirse en otra parte que en el jardín de las civilizaciones muy antiguas, muy envejecidas, hinchadas de tradición y de erudición. Pues no; en un pueblo joven como el pueblo mexicano existe también un humanismo, y Alfonso Reyes, escritor exquisito y abogado de las grandes causas, hombre de biblioteca y hombre de acción, me parece haber nacido para seguir defendiendo e ilustrando aquella gran tradición humanista mexicana.

Recientemente, en ocasión de una conmemoración estudiantil, Alfonso Reyes resumía la evolución de la Universidad moderna mexicana. Mostraba cómo cierto movimiento nacido del positivismo francés, cierto movimiento científico, técnico, racionalista, progresista, muy siglo XIX, y que llamaríamos primario (sin ninguna intención despectiva, créanlo ustedes) había producido el renacimiento intelectual mexicano y se había transformado, poco a poco, en

una aspiración hacia estudios más desinteresados, pero que, seguramente, hubiesen sido una cosa abstracta y artificiosa sin aquellos prosaicos, pero generosos comienzos. Pues eso mismo es humanismo: aquel contacto con la vida, con la realidad vivida, necesario en un pueblo joven, es la condición de las más sutiles y exquisitas producciones del porvenir. Así puede desarrollarse un humanismo genuinamente mexicano. El país de la gongorizante sor Juana Inés de la Cruz es el mismo país del buen maestro Justo Sierra. El humanismo marca la reconciliación de la vida popular, histórica, con sus necesidades y sus sencilleces, y de la elaboración espiritual con sus finezas y sus sabidurías. Nuestro gran poeta Alfonso Reyes llega a mostrarse tan hábil en el *mester de juglaría* como en el *mester de clerecía*.

Los más antiguos y más nobles valores de la cultura europea vuelven a florecer en ese continente de grandes masas populares y de gran dinamismo histórico. Las tradiciones espirituales más refinadas tienen que adaptarse a una ardiente realidad vital. Nosotros, desde las orillas de nuestro mundo sagrado, asistimos con confianza al espectáculo americano y al desarrollo de un humanismo, hermano de aquel por el cual luchamos.

Jean CASSOU.

*Argentina libre,*

Buenos Aires, 13 de junio de 1940.